

UNA CONVIVENCIA MUY ANTIGUA

Reunión pública anual de las Cinco Adademias
26 de octubre de 2004

Un jueves de la pasada primavera, la compañía a la que tengo el placer de representar este otoño añadió una nueva palabra a su diccionario: “convivencia”. Varias organizaciones llevaban años pidiéndoselo. Una carta redactada por la asociación “Pro Europae Unitate” utilizó por primera vez este neologismo. En una carta enviada en abril de 1995 a nuestro secretario perpetuo, que aún no era honorario, el presidente de esta “Carta Europea de la Convivencia” argumentaba que los corresponsales de la prensa francesa en Roma no habían sabido traducir el llamamiento al diálogo y a la paz pronunciado en italiano por el Papa en su bendición *urbi et orbi*. Juan Pablo II había abogado dos veces por una *convivenza* entre pueblos y fracciones de un mismo pueblo, y como faltaba la palabra, la prensa lo había traducido como “convivialidad”.

“Convivialidad” es una palabra bonita, ciertamente, tomada del inglés y puesta en circulación en el siglo XIX por el gastrónomo Brillat-Savarin, pero se refiere al gusto por el ágape gozoso, cuyo tono festivo no conviene a la vida cotidiana. ¿Qué significa entonces? La “cohabitación” se refiere a un hogar compartido por gusto o necesidad. La palabra nos recuerda la obligación de vivir con un marido o una pareja. Nos hace sentir un poco apretados, mientras que “coexistencia” nos lanza a vastos espacios donde el hombre ha podido coexistir con especies extinguidas como el mamut y el uro. En definitiva, nos faltaba un término que pudiera expresar con sencillez vivir unos con otros. Y cuando, un jueves de abril, tras examinar su etimología tan natural, *cum vivere*, nuestra compañía adoptó por unanimidad “convivencia”, menos una o dos abstenciones, me invadió un extraño sentimiento de reconocimiento. Volví a ver campanarios de ladrillo que parecían minaretes, iglesias con forma de sinagogas, oí susurrar fuentes en el interior de una catedral que era una mezquita.

Es que esta palabra nueva para mí era muy antigua. Resonaba en mi cabeza en su forma española de *convivencia*. ¿*Convivencia*? Cualquiera que conozca la historia de España sabe que esta palabra abarca un periodo de casi ocho siglos, durante el cual convivieron judíos, cristianos y musulmanes: desde el año 711, cuando la península hispánica fue conquistada por unas decenas de miles de árabes y bereberes, hasta 1492, que marcó el final de lo que se conoce como la Reconquista. El 2 de enero se entregaron solemnemente a los Reyes Católicos las llaves de Granada, último bastión moro. Dos meses más tarde, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla firman el decreto de expulsión de los judíos. Los que profesaban la religión hebrea y convivían desde tiempo inmemorial con poblaciones cristianas y musulmanas disponían de cuatro meses para liquidar sus asuntos, marcharse con sus posesiones o convertirse. En su indulgencia, el inquisidor Torquemada añadió nueve días al plazo para compensar el retraso

en la publicación del decreto. Diez años después, los Reyes firmaron el decreto de expulsión de los moriscos, obligando a los musulmanes de Castilla a elegir entre el bautismo o el exilio.

Todo había terminado. Hispania había dejado de ser ese espacio geográfico donde había tenido lugar una experiencia única. Pero no mitifiquemos la realidad histórica. También tuvo su parte de tragedias: opresión de minorías, humillaciones, libros quemados, brutales conflictos internos, como el que enfrentó a suníes y chiíes en el reino de al-Andalus, incursiones fronterizas, batallas, como demuestra el propio concepto de Reconquista -un concepto acuñado a posteriori-. No se puede llamar Reconquista a una guerra que duró ocho siglos, ironizaba el filósofo Ortega y Gasset.

Las tesis de los historiadores siguen siendo divergentes sobre este largo, inquietante y convulso periodo. Por mi parte, me sitúo en el bando que reconoce en la originalidad del *homo Hispanicus* el fruto de una historia marcada por esta convivencia. Por supuesto, sería absurdo aplicar a la España de las tres religiones la palabra que hoy nos ocupa, pero sería igualmente absurdo negar que la concordia existió en ciertos momentos y en ciertos lugares, a menudo gracias a ciertos hombres. Individuos a veces más fuertes que las masas, creadores de acuerdos, intercambios, utopías y recuerdos tan fecundos que el presente aún conserva vestigios de ellos. Autores anónimos del Romancero. Políticos ilustrados como el emir Abd al-Rahman III, primer califa de Córdoba, o el rey Alfonso X el Sabio, sabio o erudito, es la misma palabra. Genios múltiples e inquietos como Ibn Hazm, autor de *El collar de la paloma*, que ha sido descrito como “un eslabón morisco en la cadena que va de Séneca a Unamuno”, o como el filósofo de *La guía de los perplejos*, el gran Maimónides.

Gracias a la convivencia, se produjo el encuentro más extraordinario de la Edad Media: el encuentro entre Oriente y Occidente. Toledo, ciudad bárbara bajo los visigodos y más tarde musulmana, judía y cristiana, fue el escenario ideal para el encuentro entre las ciencias griegas reunidas en al-Andalus -matemáticas, astronomía, química, medicina, geografía-, “las ciencias de los Antiguos”, como las llamaban los árabes, y el pensamiento judeocristiano. En Toledo, un borgoñón, el arzobispo Raimundo de Salvetat, creó la más famosa escuela de traducción. El proceso que se destaca en los documentos era el siguiente: un judío de habla castellana versado en árabe traducía el texto original al romance y, a continuación, un clérigo lo traducía al latín. De este modo, la ciencia cristiana conoció así a Aristóteles. También hubo muchas traducciones simultáneas al latín y al hebreo. De estos contactos, estas lecturas de unos y otros, dieron lugar a obras fundamentales. Sin Toledo, tomado aquí como símbolo, las obras de Averroes, Maimónides, de Santo Tomás, que planteaban los mismos problemas fundamentales (relación entre fe y razón, pruebas de la existencia de Dios, nominalismo y realismo, etc.) aunque con soluciones diferentes, no habrían alcanzado el mismo grado de madurez.

En un congreso sobre el filósofo y médico cordobés, que acaba de celebrarse en su ciudad natal, se recordó que en El Cairo (Egipto), donde se exilió, existía en los años 40 un lugar llamado la sinagoga de Maimónides, del que se decía que tenía poderes curativos. Los enfermos, tanto judíos como cristianos y musulmanes, iban allí a pasar la noche. El profesor que relató esta historia añadió que era inconcebible hoy en día y concluyó tristemente: estamos entrando en el siglo XXI como los cangrejos, andando hacia atrás.

Durante el siglo XIII, el pensamiento unificador del rey Alfonso X el Sabio creó un momento de armonía. Este príncipe astrónomo, que escribía poemas en gallego, hizo compilar la primera Crónica General, la primera historia de España, no en latín, sino en lengua vulgar. A este soberano, sensible a las luces del islam andalusí y rodeado de astrónomos y matemáticos judíos, le pareció que el latín era más un estorbo que una ayuda para la cultura originaria de sus reinos, y por primera vez en la historia de Occidente la idea del saber se separó del latín. No es que se erigiera un templo a la lengua castellana, como Dante haría con la lengua italiana, sino que latín y árabe fueron sustituidos por una lengua común de acceso al saber de la época. Utilizar la lengua de Castilla para crear un punto de encuentro neutral y armonioso, alejado de las hostilidades entre el latín eclesiástico y el árabe coránico, fue el magnífico proyecto, secular antes de tiempo, de un rey tan sabio como erudito. También planeó construir una madraza en Murcia que sería compartida por las tres religiones. ¿Quién se atrevería hoy a concebir una casa de estudio o de oración semejante?

1492. El final de la llamada Reconquista, el descubrimiento de América, una fecha gloriosa, una fecha fatídica. “Y lloramos de dulzura porque España era por fin España” exclama el Maestre de Santiago en la obra de Montherlant. ¿Qué España? ¿Aquella en la que había que demostrar la limpieza de sangre, la pureza de la sangre que la historia se había encargado de mezclar? ¿La España donde los inquisidores contaban, desde lo alto de las torres, las chimeneas que no humeaban los sábados, donde detectaban a los “falsos conversos” al amor de los libros, las lámparas de aceite encendidas por la noche, donde encarcelaron a Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, que quiso destruir sus manuscritos y se tragó algunos? No, dejemos atrás estos oscuros recuerdos y volvamos a las huellas de un largo pasado compartido, a la riqueza de una doble o triple pertenencia. Desde lo más común, el plato nacional, el cocido, un guiso judío al que los cristianos añadieron carne de cerdo, hasta lo más útil, las acequias de las huertas de Valencia y Murcia, hasta el inútil y delicioso sonido del agua en los patios. Desde las sólidas obras maestras de la arquitectura mudéjar hasta La Celestina, obra maestra inenarrable que parió como gemelos el teatro y la novela españoles, y que, a través de un personaje de tradición árabe, la casamentera, lleva el sello judío de un mundo sin Providencia, pasando por El Quijote, que Cervantes dice haber traducido del árabe, de un tal Cid Hamet Benengeli.

1492. Fin de una armonía muy atenuada, tomada en su etimología de asamblea. Fin de esta asamblea. Desgarramiento de la misma.

El sentimiento de pertenencia a algo distinto de la religión debió de ser fuerte para que los judíos expulsados de España adoptaran el nombre de *sefardíes*, es decir, españoles, y difundieran la lengua y la cultura de Sefarad, nombre hebreo de España, mientras se dispersaban por el mundo.

El Romancero judeoespañol, en el que Paul Bénichou se ha centrado con tanta ternura como en Nerval y la canción popular, mantiene viva la gran nostalgia del acuerdo. Todo el Romancero, patrimonio poético del pueblo español, nacido en la época de la convivencia, logra el milagro de hacer revivir juntos, en octosílabos asonantes, nuestro pasado común, la guerra de Troya y el incendio de Roma, las proezas de Carlomagno y el Cid, de Lancelot y Tristán, las victorias y las derrotas, el amor a las ciudades, así como el amor a las mujeres y el dolor de dejarlas. Pienso en esos documentos poéticos que son los romances de frontera entre moros y cristianos, en el dolor del rey moro al saber que había perdido su ciudad de Alhama —en el que el suspiro: *¡ay de mi Alhama!* se repite en una copla inquietante—, en el extraordinario intercambio al final de la batalla entre moros y cristianos, en el amor a la ciudad y en el amor a las mujeres, y en el dolor de dejarlas atrás— al extraordinario intercambio a orillas del Guadalquivir entre Abenámbar, hijo de un musulmán y una cautiva cristiana, y el rey Don Juan, que le presiona con preguntas sobre la pura maravilla que ve a lo lejos. Las respuestas de Abenámbar —“*Esa es la Alhambra, mi señor, esa es la mezquita, ese es el Generalife, esas son las torres rojas*” — despiertan el deseo del rey: queda prendado, declara su amor a la ciudad. Escuchad con atención lo que él dice y lo que ella responde:

Si tú quisieras, Granada - me casaría contigo,
te daría como arras - Córdoba y Sevilla también.
Soy casada, rey don Juan - soy casada, no viuda,
El moro a quien pertenezco me ama y me desea lo mejor.

Granada fue la última en rendirse. Tras meses de negociaciones, el 2 de enero de 1492, el rey Boabdil entregó las llaves de la ciudad al rey Fernando y preguntó quién custodiaría la Alhambra. Un caballero se adelantó. Boabdil se quitó del dedo un anillo de turquesa en el que estaba grabado en árabe: “No hay más Dios que Dios”, y se lo entregó diciendo: “Todos los que han gobernado Granada desde la conquista han llevado este anillo, llévalo tú que vas a gobernar, y que Dios te haga más feliz que a mí”.

Espero que me perdonen si concluyo este momento dedicado a la armonía con la emoción que nos embarga cuando se pierde la esperanza de vivir juntos.

Florence DELAY

<https://www.academie-francaise.fr/une-tres-vieille-convivance>